

JOSE ORTEGA Y GASSET DESDE FUERA

Escribe: ERNESTO CORTÉS AHUMADA

“Desde hoy, el mundo tiene menos luz, y España ha perdido la torre más alta; creo que también la más honda y nutricia de sus raíces. El 18 de octubre de 1955 murió Ortega; de la orfandad que esto va a ser para nosotros, tardaremos en darnos entera cuenta; pero por mucho tiempo seguirá dándonos Ortega la riqueza incomparable de su realidad, y ganando —no para él: para España y para la verdad— batallas después de muerto”. El punto de partida para intentar el esbozo de un Ortega “desde fuera” está aquí, en las palabras que trazara en su veraz apuramiento doloroso Julián Marías cuando su maestro, innecesario es decirlo, su amigo y compañero de bregas intelectuales moría en Madrid, aquel 18 de octubre de 1955. Con lo cual no quiero sugerir en manera alguna que sea amigo de recordarle con dolor, aún suponiendo que pudiera remediarse algo gritando y llorando como ante un muro de lamentaciones, sino más bien que es necesario recordarle en cuanto su posición de escritor español. Pero, entiéndase bien, escritor español visto *desde fuera*. Explicándome, diré: a cualquier hombre de letras se le puede ver desde dos ángulos diferentes que funcionan como un sistema de articulaciones apoyadas unas en otras. En efecto, uno de ellos, el más fundamental, integra desde un punto de vista lógico o propiamente intelectual la obra de un escritor; el otro, sustentándose sobre éste y secundario, principia por ubicarla dentro de su época y termina localizándola en el pueblo al cual perteneció, o si se quiere en el medio racial cuyo repertorio de creencias, sea consciente o inconscientemente, asoma en su texto. Quien desee obtener el diagnóstico, o mejor todavía, el valor de una vida entregada al ejercicio mental tendrá que reparar por fuerza en ambas circunstancias, porque constitu-

yen algo así como el contorno y el dintorno de una misma figura. El hecho de que, a veces, aparezcan ciertos hombres fuera de su época y de su raza, esos que llamamos mentalidades de vanguardia, no debe obnubilarnos la mente para menospreciar el mundo que les rodea. Todo lo contrario: en esa incitación de alborada que tamizan estas inteligencias de alto vuelo y de alta nube transparecerá espontáneamente el perfil de un pueblo, de una época. Será la resonancia emotiva, el rumor desvanecido de creencias que furtivamente vienen a rozarles como un horizonte huidizo.

A Ortega y Gasset se le puede contemplar, por tanto, desde un sitio de máxima aproximación o desde otro de máximo alejamiento. Sin embargo, no creo que estemos en la sazón oportuna para ir hasta el “fondo”, es decir, hasta el auténtico sentido —máxima aproximación— del pensamiento orteguiano. Un “Ortega desde dentro” adquirirá una significación completa cuando el tiempo haya reunido su pensamiento con el de otros filósofos y le dé su importancia histórica. No creo, pues, que lo definitivo de Ortega se haga claro en este momento. Sólo el tiempo podrá establecernos si su racio-vitalismo fue un hecho lo bastante único y firme para que pueda hablarse de él como hoy se habla del idealismo kantiano o si, por el contrario, careciendo de una filosofía original y sistemática, Ortega fue un espejo cósmico que reprodujo a maravilla el perfil cultural de nuestro tiempo, como supone un profesor mexicano de filosofía. Porque no se trata de caer en la trivialidad de un Patricio Canto, con afirmaciones de esta naturaleza: “Ortega es una situación personal de desconcierto e indignancia, y el orgulloso deseo de ocultarla”. Por mi parte, renuncio a extraer ninguna consecuencia de este tipo, ora sea de confusa beatería o de ilegítima desfiguración. Mirémos entonces la fisonomía que Ortega presenta desde fuera. Situémosle en su puesto de gloria y de peligro para que, “con mirada suplicante de náufrago”, continúe, lo mismo que Ibn-Batuta, peregrinando por el mundo en busca de la verdad.

“España —dice Marías— ha perdido la más honda y nutricia de sus torres”. Está bien. Pero al mismo tiempo ¿no son las dos más hondas y, por tanto, nutricias raíces de España la católica y la tradicional? Y Ortega, ya se sabe, no se preocupó por lo uno ni por lo otro, tal como lo hizo Menéndez y Pelayo

por ejemplo. Hasta el punto de que puede formularse el hecho con el rigor de una ley funcional. ¿Para qué, pues, afirmar que Ortega constituye la raíz más honda de España? Y, sin embargo, no puede dudarse de que Marías tiene razón. Tradicional o progresista, que, por lo demás, nunca lo fue, al discípulo de Cohen se le puede identificar con alguna de las raíces de España cuando menos. Por eso hay que dar a esta condición raíz su posible plenitud. Ello supone dos cosas: una, que España es católica y tradicional; otra, que Ortega no representa en este sentido esas dos "formas de existencia". El hecho es todo lo lamentable que se quiera, pero rigurosamente cierto. Entonces, de alguna manera tendrá que ser cimiento de España. Sabido es que, siguiendo a los filósofos alemanes, vivió obsesionado por la voluntad de pura visión y de teoría, o sea de penetrar hasta los últimos entresijos de las cosas. Ello nos descubre, sin más, el secreto. Porque no es nada extraordinario sostener que en un sentido real Ortega constituye una gran sensibilidad para el "más adentro"; es, en efecto, un resorte de extraordinaria presión para que los españoles (y en general para cuantos hablamos su idioma), tan amigos de estar en la superficie, dilaten sus raíces ensanchando con las manos del alma su longitud de ayer. ¿Cómo estamos hechos, cómo funcionamos, de qué consiste la textura de nuestra alma cuyas manifestaciones habituales son tan broncas? Esto es lo que Ortega, con su actitud, pide a los españoles hacer —incluso a los católicos y tradicionalistas. Lo cual nos evidencia automáticamente que él no quiso, según pretenden algunos, modificar aquel par de vivencias. En sus "Confesiones de El Espectador —Verdad y Perspectiva—" hay varias alusiones al respecto. "Si éste —el individuo— ha sabido ser fiel a su punto de vista, si ha resistido a la eterna seducción de cambiar su retina por otra imaginaria, lo que vé será un aspecto real del mundo", decía por ahí. Y más adelante: "somos insustituibles, somos necesarios". O, dicho en otra forma, que España esté sola, que esté consigo misma, pero con todas sus ventanas abiertas de par en par sobre el universo... "como un tentáculo que llega a trozos de universo para los otros inasequibles".

Tiene, en consecuencia, razón Julián Marías. Su maestro resulta español hasta el tuétano, sólo que es el poro por donde se filtran maravillosamente los trozos desconocidos de universo. Ortega, hora tras hora, hace gotear sobre la piedra miliar

de España su afán, su urgencia de profundidad: “hace faena de forjar sobre ella”. Es, en definitiva, el hombre de la radical curiosidad. Se podría abrir, en efecto, un campo de estudio para determinar la estructura de un alma así abierta, transparente, magnánima, deshermetizada y arriesgada, porosa y emprendedora. Se trataría del alma abierta frente al alma cerrada: en fin, del alma de José Ortega y Gasset en oposición a la de Juan Ramón Jiménez. Me parece que la historia de la cultura española, como gesto, se puede polarizar, simbólicamente, en torno a estos dos egregios espíritus, por lo menos de la historia que arranca en 1898. No hay que declarar tan a la ligera que el paralelo resulta absurdo, porque el uno era poeta y el otro un escrutador de realidades. No: lo comparable aquí son sus respectivos “estados de alma”, conforme a la expresión repetida mayor número de veces por el antipático de Amiel. ¿Quién fue según esto Juan Ramón Jiménez? Sin duda, un alma que jamás quiso salir de sí misma. Diríase que como Hernán Cortés quemó sus naves, pero, a diferencia de éste, las incendió en su mar nativo porque estaba dispuesto a no partir. Y cuando, a fuer de poeta, otea el ingente cambiar del mundo, hace volar su espíritu sobre su propia sombra, encontrándose a la postre en el mismo lugar de donde partió. Jiménez revela la voluntad trágica de perderse para el mundo. Así, su inefable Xenobia, toda tenuidad y complacencia, fue la dulce muralla que el poeta puso entre la realidad y su alma. ¡Era demasiado egotista! Cuando necesitaba algo del exterior —por ejemplo la grosezuela estampa de Platero— tendrá que convertirlo en la cosa más pura que haya existido nunca. Es decir, comenzará por volatilizar en rasgueos de luz, en irradiantes fenómenos de transparencia al borrico famoso, haciéndole abreviar en ocultos pozos envaguecidos de interioridad. La verdad es que vivió a la sombra de un solo sueño: el contorno ideal de su existencia solitaria. Y como ocurre siempre en estos casos, el mundo exterior —Moguer, rosas abiertas, piedra y cielo, Francinas, Rocíos— termina doliéndole como carnes maceradas. ¡Terrible misterio de la intimidad! “Qué trabajo me cuesta —confiesa— llegar, contigo, a mí”. Aquí el impresionismo estético corresponde inquebrantablemente, profundamente a una actitud vital.

Pocos trabajos me serían de mayor goce cual el de estudiar la vocación de Ortega, prototipo de la psique vigorosa y profunda. Pues de ahí se podría ascender hasta la comprensión

de toda su filosofía. Esto es lo que justamente debería llamarse "Ortega desde dentro". Mas, según expresé antes, el propósito ahora es distinto. De todos modos es imprescindible anotar que, de todos sus compatriotas contemporáneos, fue tal vez el hombre que más se rigió por lo que tuvo delante, tal como lo encontró allí. Quiero decir que entre las constantes para su determinación no estuvo la fantasía. La vió como una cosa perfectamente lícita ya que manifestaba vitalidad poderosa, pero sustraía su actividad de ella —"que no se viva de ella ni para ella"—, porque eran fugas del "ahora". Ese atenerse a sus impresiones, ese conocer por sensaciones, que era la actitud básica de Jiménez, carecían, ocioso es añadir, en su sistema de convicciones últimas de puntos cardinales. Precisamente por eso se detuvo tan poco, o tan nada, en contarnos su vida. Son sus huellas, son sus afanes sobre la realidad, lo que en él vemos. Y cuando tratamos de asomarnos a su existencia privada se nos impone inexorablemente la imagen de un nómada cuya planta, como dice del hombre el viejísimo libro indio, pisa siempre cien senderos. Pero, además, sus sandalias de caminante fueron pensamiento, intelecto, razón, razón-vital. Ya lo había dicho: "en la vida, amigos, lo importante no es llegar, sino ir, estoy yendo". ¿Hacia dónde? Pues, en él, hacia el centro de las cosas. Es curioso. Juan Ramón Jiménez, escondido en medio de sus emanaciones íntimas, usa un lenguaje que me permitiría llamar "palabras-fronda", y Ortega, tan opuesto a la *niñez fermentada* de aquel, utiliza uno opuesto, el de las "palabras-raíz". Juan Ramón escribe: *espíritus malva, hora morada, dulzura malva*, etc.; Ortega, por el contrario, caza la realidad con redes de palabras hechas para las formas que permanecen en el fondo, en esa tierra incógnita hacia la cual apunta su corazón de vanguardia. Por ejemplo: *rigor, radical, entresijos, esencial*, etc., por lo mismo que anuncian las más soterradas realidades. Tal uso del lenguaje, que llamaré a su vez "lenguaje-vocación", es lo primero que hemos de precisar para comprender un escritor.

Mas incurriría en grave error quien suponga por lo anotado que la vocación de Ortega fue superior a la de Jiménez, o al revés. Nadie podría decirnos en serio cuál es más tenso entre el gran dolor y el gran placer. Se trata de una dualidad esencial a la evolución del hombre. Lo provechoso, en cada caso, estriba en saber avaluar su respectiva anatomía sin llegar a burdas ponderaciones. Y ¡claro es que ambas llevan a la cima! Cual-

quiera que sea la identidad de una vocación, siempre, siempre tendrá transcendencia humana. A veces, pues, hay que hablar del hombre antes que de sus obras. Destacarlos es ya levantar en la noche una esperanza. Por ella nuestra soledad, nuestra miseria, nuestra pena, que ondulan como tormentas inacabables, nos producirán positivas energías, hasta el punto de que, habiéndonos sentido sus prisioneros, ahora somos los que con ellas suscitamos las mejores reacciones. Con una u otra vocación, Ortega y Gasset así como Juan Ramón Jiménez cumplen una ley de orientación. De manera que —repito— urge alguna vez observar “desde fuera” a los individuos superiores, por tanto, sin insertarnos en el rigor de sus respectivas disciplinas, para saber no solo cómo se acomodan dentro de su época y su raza, sino en nosotros mismos.

Dejemos por eso, lector, que José Ortega y Gasset —Rubín de Cendoya, místico español— por tierras de Sigüenza y Berlanga de Duero, allá en la *Castilla Gentil* que reverbera bajo el sol meditabunda, venga hasta nosotros sobre su “mula torcida de altas orejas inquietas” a enseñarnos, en idioma prócer, los secretos de su *España invertebrada*: expresión viviente de aquella España, que es, lo mismo que el Mio Cid, un gran balbuceo heroico. Y, ante todo, para que nos enseñe la forma de llegar a ser lo que somos. Porque la gran lección de este español consiste en enseñar a trascender de lo que se es como proyecto a lo que se debe ser como realidad.

He aquí un exquisito proyecto de peregrinaje intelectual.